

Revista Cromos (“La Lengua”)

Abril 11 de 2005

Por Alberto Aguirre

## RIPIO PRESIDENCIAL

Cuando un político, que además funge como Presidente, se pone a hacer literatura, hay que mandar doblar. Siempre sale un texto que es puro ripio: “Al llegar al salón donde finalmente lo encontré, sus pequeños ojos azules me contactaron a distancia. Su penetrante mirada emanaba bengalas de espiritualidad”. Qué caso: Uribe flechó al Papa. ¿Cuál será el voltaje de las “bengalas”? Vean esta otra melcocha en su artículo de *El Colombiano* (3 de abril): “Esas bengalas conmocionaron mi alma y estrujaron la fragilidad de mis huesos”.

Lo que no se sabía es que el Presidente tiene dotes ultraterrenas. Según la doctrina, todos los hombres nacemos con el estigma del pecado original. Dice el Salmo 51: “He nacido en pecado; en culpa me concibió mi madre”. De ahí que nadie, por grande que haya sido, se va derecho al cielo. Pero el teólogo paisa decretó camino derecho para el Papa: “Juan Pablo II nos mira ya desde el cielo, con los mismos pequeños ojos azules, con idéntica mirada penetrante, y nos envía ráfagas de amor para que vivamos bien”. Éste concibe el cielo con butacas. Fuera de que está remodelando la teología. Todos, dice el Catecismo de la Iglesia (párrafo 1030), “aunque estén seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación”. Es lo que se llama el purgatorio. Uribe lo suprime.

Pero que no cunda el pánico, pues el afán de escribir bonito resulta en morralla: “Su Santidad es un modelo artillado de paz y amor”. El Papa, ¿artillado? No le conviene al Vicario de Cristo la metáfora bélica. La escoria literaria produce desatinos. Por pulimentar palabras se escriben barrabasadas: “Los muros que la violencia no pudo derrumbar, Su Santidad los derrumbó con la serenidad de su firmeza”. El Papa trabajando en llave con la violencia. Cascajo literario. La escritura ripiosa no es pecado, ni siquiera venial, pero pensar torcido sí es dañino.

Por afán de bisutería verbal se incurre en un pensamiento falaz o retorcido. Llama, Uribe, a Juan Pablo II, “gladiador de la democracia”, y añade que “luchó con éxito por imponerla en el mundo”. Yerra. Luchó por imponer la libertad allí donde reinaba la opresión, pero no luchó por la democracia. Es ésta una mera forma, y, como toda forma, es (históricamente) transitoria. La Iglesia tiene miras más largas. En discurso ante la Academia Pontificia de Ciencias Sociales, de 23 de abril de 1998, que debatía el tema “Democracia: algunas cuestiones urgentes”, Juan Pablo II recordó la encíclica *Centesimus Anus*: “La Iglesia no tiene modelos para proponer. La Iglesia no

debe ocuparse de los aspectos técnicos de las diversas situaciones sociales para sugerir soluciones”. Y anota por sí mismo: “La Iglesia anuncia el Evangelio y se preocupa de que pueda manifestar en toda su riqueza la novedad que lo caracteriza”. Jesús Vallejo Mejía, en esa misma página de *El Colombiano*, hizo esta síntesis del magisterio pastoral del Papa: “Empeño en rescatar el esplendor de la verdad; la dignidad de la mujer, el trabajador, el débil y el sufriente; la primacía de la paz; el sentido cristiano de la libertad y la dimensión espiritual de los derechos”.

En el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, del 11 de octubre de 1998, el cual recoge, según el prólogo, “el depósito preciado de la doctrina cristiana”, se lee (párrafo 2213): “Las comunidades humanas están *compuestas de personas*. Gobernarlas bien supone la benevolencia natural conforme a la dignidad de las personas humanas deseosas de justicia y fraternidad”. No se recomienda forma alguna de gobierno.

Sería bueno que los plumíferos de Palacio corrigieran – y escribieran – mejor los textos del Presidente. Y que le pasaran datos ciertos. ¿Pero a ellos quién les enseña?